Academia Española de Estudios Históricos
de Estomatología y Odontología

El profesor universitario, la transmisión del conocimiento y la cultura en el marco de la Universidad

---

Discurso pronunciado por el
Excmo. Sr. Dr. Prof. Antonio Bascones Martínez
En la toma de posesión como Académico de Número
El día 18 de Mayo de 2013

Diseño y maquetación:
Gráficas 82, S.L.

Imprime:
Gráficas 82, S.L.

EL PROFESOR UNIVERSITARIO, LA TRANSMISIÓN DEL CONOCIMIENTO Y LA CULTURA EN EL MARCO DE LA UNIVERSIDAD

PROF. ANTONIO BASCONES

Comienzo con unas reflexiones acerca de lo que este acto entraña en un contexto de amistad, cultura y humanismo. Mi agradecimiento a todas las personas que supieron realizar un esfuerzo para aunar y agavillar ideas interesadas en la búsqueda de una respuesta diferente a los problemas que presenta la sociedad. Aquí estamos nosotros y de nuestro denuedo y trabajo dependerá, en gran medida, el éxito del proyecto. Al menos, éste, habrá servido como fuente interior de sabiduría y erudición, algo tan carente en nuestra civilización actual.

Hablar desde esta tribuna, donde nuestro Santiago Ramón y Cajal enseñaba, me infunde respeto y admiración. Él era un verdadero Maestro en todo el sentido de la palabra y su estela, intelectual y humana, aún se respira entre éstas paredes. Estamos en los mismos bancos donde profesores nuestros recibieron su enseñanza y que supieron transmitirla a las generaciones futuras.

Mis primeras palabras, cómo no podía ser otra cosa, son de respeto y admiración al que año tras año cumple con los parámetros que encabezan esta conferencia. La transmisión del conocimiento y la cultura que, aunque no son la misma cosa, se entremezclan a lo largo de la vida intelectual de la persona conformando los basamentos arquitectónicos sobre los que se sustenta el desarrollo del mundo. Nuestras sociedades necesitan el saber, el motor del progreso gracias al cual todo crece y avanza. Por ello el profesor en la Universidad conforma el soporte, la estructura de la persona que en poco tiempo saldrá al campo de batalla del crecimiento. Pero no todo queda en eso, en la cultura y en el conocimiento, hay algo más que se olvida y que nos debe estimular a que cada día sea más una realidad que una quimera.

Una pregunta que nos hacemos repetidamente es qué diferencia hay entre el conocimiento, la cultura y la sabiduría, cuál es su importancia y cuál es lo que procede, en cada etapa de la vida, pues está claro que a lo largo de este camino, que siempre se nos hace corto, dependiendo del momento y de las circunstancias, uno de estos conceptos tienen prioridad sobre los otros.

El conocimiento es aquel conjunto de saberes que adquirimos a lo largo de la vida, que poco a poco va llenando nuestras neuronas, impregnándolas de datos, ideas, conceptos, fechas etc. Es una pléyade de diferentes

aspectos adquiridos en la lectura y el estudio; la biblioteca y sus anaqueles han servido para enriquecernos día tras día. Con todo ello hemos ido conformando, modelando lentamente nuestro cerebro, dotándole de un bagaje rico e intenso que con el tiempo deja un poso, la cultura. Ésta no es más ni menos que el conocimiento adquirido con los años que aplicado a nuestro mundo actúa como un armazón intelectual para barruntar y columbrar en forma diferente el mundo que nos rodea. Por otro lado la sabiduría es innovadora y creadora. El sabio crea; el conocedor y el hombre culto exponen y especulan.

La estructura cognitiva del pensamiento humano trata de recoger datos, nociones y conceptos que se aceptan e incorporan en la memoria, con una cierta codificación para ser recuperados en el momento oportuno. Es la materia prima del conocimiento.

El saber utiliza el substrato de los conocimientos pero no de una manera estática sino que los incorpora de una manera dinámica, analiza, interpreta, relaciona e integra en una red de pensamiento. El hombre que posee una buena carga de conocimientos recibe el nombre de erudito mientras que al que dispone de saberes se le debería llamar sabio.

La sabiduría, sin embargo, es otra cosa, es algo más. Es el conocimiento adquirido con los años, reposado con el tiempo, la cultura, y alambicado en nuestra experiencia personal para después aplicarlo a la revisión y enjuiciamiento de los diferentes problemas que nos rodean. Personas cultas y con conocimientos no tienen por qué ser sabios. Éstos son algo distintos, pues necesitan de una reflexión personal, de una mirada diferente al mundo que nos rodea. Es una condición superior que hace al hombre más sensato en el saber y más justo en lo moral. Por ello la sabiduría no se queda sólo en el saber sino que tiene, además, una dimensión más importante, su contenido moral.

No existe sabiduría sin conocimiento, aunque lo contrario si puede ser, pues para el conocimiento, solo se necesita el estudio y el esfuerzo personal.

La sabiduría necesita además de un proceso de ensimismamiento profundo, de una manifestación de interiorización reflexiva importante.

El conocimiento sería la impregnación, lo exterior y la sabiduría lo interior, lo ensimismado, lo reflexionado. Esta nos sirve para hacer una revisión de nuestra vida, del conocimiento recorrido y del que queda por recorrer, tomando ejemplo de lo bueno vivido y lo malo rechazado. Con ello lo porvenir tendrá otro enfoque, otra dimensión, más acorde con nuestro pensamiento. La sabiduría se alcanza cuando se dobla el recodo del camino y se lleva la vista atrás.

El profesor universitario pasa por diferentes etapas. La primera se caracteriza por el conocimiento. El estudio, el esfuerzo y el trabajo personal le dotan de un caparazón intelectual protagonizado por los datos y la interpretación que aporta. En la segunda, la capacidad de estos datos disminuye dejando paso a la conceptualización reflexiva de los mismos. Ya no son, estos, tan importantes. La estrella la ocupa ahora el reposo de los mismos. En la tercera etapa, por fuerza la última, no es tanto el conocimiento y su conceptualización cómo el aporte de un proyecto diferente. Un pensamiento basado en la madurez moral de la persona. Si importante es la transmisión de saberes no es menos primordial, en ésta época de la vida, el esquema que puede tributar a sus alumnos basado en un ejemplo moral, en un enfrentamiento ético ante los problemas que se le presentan. El profesor debe tratar de trasladar a sus discípulos una respuesta honesta ante las distintas situaciones de la vida. Debe difundir rayos de esperanza e ilusión ante el trabajo, ante la excelencia, ante el esfuerzo cimentado en una resolución moral. Es decir transmitir, además de los saberes, un proyecto moral. Un buen profesor universitario, un verdadero maestro, es aquél que es un buen posibilitador, un hacedor de ilusiones, de valores, de proyectos. En su boca y en su trayectoria siempre deben impregnar estas tres cualidades agavilladas en una sola: la entrega al que en el futuro será un miembro más de nuestra sociedad y que, con sus luces y sus sombras, aportará su pensamiento y su ejemplo en la búsqueda de la felicidad, de la paz y el desarrollo de la humanidad en un contexto de valores morales hoy tan olvidados.

El conocimiento se obtiene cuando vemos camino por delante, cuando miramos al horizonte y todavía no hay camino que parar y sí mucho por recorrer. Aquí se puede recordar las famosas estrofas de Antonio Machado:

Todo pasa y todo queda
Pero lo nuestro es pasar,
Pasar haciendo caminos,
Caminos sobre la mar.
Nunca perseguí la gloria,
Ni dejar en la memoria
De los hombres mi canción;
Yo amo los mundos sutiles,

Ingrávidos y gentiles
Como pompas de jabón.
Me gusta verlos pintarse
de sol y grana, volar
bajo el cielo azul, temblar
súbitamente y quebrarse...
Nunca perseguí la gloria.
Caminante son tus huellas
el camino y nada más;
Caminante, no hay camino,
se hace camino al andar.
Al andar se hace camino
Y al volver la vista atrás
Se ve la senda que nunca
Se ha de volver a pisar.
Caminante no hay camino
sino estelas en la mar...
Hace algún tiempo en ese lugar
Donde hoy los bosques se visten de espinos
Se oyó la voz de un poeta gritar
Caminante no hay camino,
se hace camino al andar...
Golpe a golpe, verso a verso...

Son el conocimiento y la cultura los que nos labran el camino, los que nos marcan el sendero por el que nuestra vida transcurre. Este sendero es un continuo fluir por el que avanzamos con pie más o menos seguro, pero siempre adelante hasta llegar al recodo. Al traspasar este, viene la sabiduría, la reflexión, el intimismo personal.

Laín Entralgo decía "que en la senectud era necesario, para no ser socialmente inútil, el proyecto, el recuerdo y la revisión". El primero para seguir siendo persona, el segundo para estar cierto de que algo hemos sido,

y el tercero para que el resultado del proyecto sea actual. En este pensamiento se encierra una filosofía aplastante y positiva. Si el viejo tiene un proyecto con ilusión, un recuerdo de su vida con prudencia, podría seguir siendo útil en la sociedad en la que vive.

Aquí es donde se plasmaría la sabiduría para que el anciano pueda seguir manteniendo activo el proceso de incorporación de conocimiento y su expresión a través de la boca, proyectándose en los que le rodean. La persona mayor tiene que tener presentes ilusiones, recuerdos y revisiones, en un contexto de bagaje cultural y humanístico, dispuesto a enseñar, transmitir y, por qué no, a partir.

El anciano que tiene la capacidad de sentir asombro y curiosidad sigue siendo útil y por tanto sabio. Esta capacidad de curiosidad puede llegar a un límite que no se sobrepase, a una saturación pero siempre pueden aparecer unas ascuas que incendien el deseo de nuevos conocimientos, puede brotar el destello de una luz que estimule la vida del anciano. El hombre que pierde la capacidad de asombrarse y la curiosidad pierde la vida dijo Simone de Beauvoir. Por ello en el anciano pueden aparecer espontáneamente destellos de asombro y deseos de saber. La vejez aparece cuando los recuerdos pesan más que las ilusiones.

La sabiduría se encuentra después de una vida plena y la plenitud de la vida es patrimonio de la vejez. "Vita est longa si plena est" decía Séneca y es que la vida del anciano es un conjunto de serenidad, sensatez, tolerancia, generosidad, comprensión y aceptación lo que es el entramado necesario para que se incorpore el conocimiento y se llegue a la sabiduría. El viejo sabio posee la capacidad de enseñar lo que se debe hacer más que lo que se puede hacer y cómo hacerlo. La sociedad actual, tecnológica y del poder, camina hacia la imagen, consumo, prestigio, dinero y con ello pierde su libertad y por tanto su felicidad. Esta sociedad necesita el poder y la imagen del joven olvidándose del viejo, del Maestro como portador no solo de transmisión de conocimientos sino también de saberes y referentes morales. El Maestro, pues, no solo debe transmitir sino también presentar un proyecto moral.

Pero la sabiduría necesita de la expresión, de la palabra. Es necesario transmitir el conocimiento, desde la perspectiva de la sabiduría y para esto nada mejor que la palabra reflexiva y prudente. Los sabios griegos la utilizaban en el Ateneo, en los paseos, en las tertulias. La retórica, en su acepción clásica, es el arte del discurso o de la palabra, fraguada en la plaza pública que era el centro neurálgico de la vida social, política comercial y cultural de la sociedad griega. Para los griegos la retórica o el arte de hablar era tan importante que los primeros oradores que se recuerdan eran de Grecia (Isócrates, Lisias, Licurgo, Demóstenes).

En nuestros días las famosas tertulias del Café Gijón, Comercial y Café Pombo donde asistían literatos y humanistas como Agustín de Foxá, Ramón Gómez de la Serna, Ernesto Giménez Caballero, Díaz Cañabate, Alfredo Marqueríe, Antonio Machado, y tantos y tantos otros, que con su palabra nos enseñaron lo que era la cultura y el humanismo, reflexionando juntos acerca de los diferentes problemas de la vida.

La transmisión de estas culturas helenísticas y precolombinas está hoy día suplantada por Internet aunque siempre quedará, por la palabra en las tertulias, la transferencia del conocimiento; y en ello el sabio, el maestro, puede jugar un protagonismo muy importante. El sabio, el hombre de Ciencia no aporta el dato en sí, sino que se involucra con él, con su significado, con el fin que el pensamiento progrese.

Es necesario recuperar la belleza de la palabra a través de la boca, emular a nuestros clásicos en la conversación para con la estética del amor obtener la transmisión del fluir de la amistad. "Os he rogado que vinierais a verme para que tengamos un cambio de impresiones" dijo Hipócrates a sus invitados. Esto es la tertulia con sus efectos positivos en el intelecto y en el cuerpo. Sería la relación médico-paciente, la conversación como medicina. Una buena palabra aplicada en su justo momento, es más efectiva como arma terapéutica que tantas y tantas medicinas de nuestra farmacopea actual. La palabra estimula el contacto psicológico de las personas y esto es así de efectivo tanto en la relación maestro-discípulo como en la del médico-paciente. La excelencia de lo bien realizado debe tener su final en lo bien transmitido.

El sabio cincela la personalidad del discípulo, en él esculpe día a día, retazos de reflexión y conocimientos. Poco a poco va modelando una personalidad basada en el intercambio bidireccional entre el maestro y el discípulo. Al fin y a la postre es un arquitecto del conocimiento, lo crea, lo innova, lo reflexiona y lo transmite.

Quod natura non dat Salmantica non presta. Si entre los prosélitos no hay buen material, imposible será transmitir conocimiento. El maestro da carta de naturaleza a un simple conocimiento frío y estático para transformarlo en dinámico, pues el conocimiento que no florece y que solo impregna las cosas no es vivo ni creativo. Toda transmisión debe ser dinámica y activa y en ella el sabio es el principal conductor. Es un escultor que cincela y esculpe la materia con el trabajo, la reflexión, la búsqueda de la excelencia. Trata de inculcarle una argamasa que le haga indemne a los avatares de la vida. El conocimiento que se transmite es aquel capaz de impulsar conocimiento.

La relación entre el Maestro y el discípulo es un nivel más elevado que el vínculo entre el profesor y el alumno. El docente que influye positivamente en el pensar, el sentir y el hacer del discípulo. La amistad pedagógica que llamaba Platón. El maestro deber ser no sólo fuente de saberes sino también de ejemplos y valores. En el área de la salud el Maestro debe transmitir no solo conocimientos clínicos sino transformarlos en saberes, debe así mismo desarrollar en el discípulo una interpretación holística de la enfermedad, una concepción antropológica del hombre y unos sentimientos hacia el enfermo doliente.

Debemos de tener en cuenta, que el maestro no sólo debe entender sino también, tener generosidad, tolerancia y comprensión, pues generosidad es dar, tolerar es permitir, comprender es entender y entender es amar. El profesor conoce, sabe y enseña mientras que el maestro conoce, sabe, enseña y ama. Es decir, que el plano educativo de éste último es superior pues hay ya un proyecto moral que es el que vehicula en su diario contacto con el alumno. El Maestro debe ser capaz de desarrollar en su discípulo la capacidad de asombro. Asombrado significa attonitus, es decir golpeado por el trueno. ¿Y no lo fue Fleming al descubrir la penicilina? Asombrarse requiere transitar despacio, mirar alrededor de uno mismo, observar los acontecimientos normales de la vida diaria. En una palabra, pensar, reflexionar y después conversar. Hoy día tenemos la posibilidad de asombrarnos ante todo, el vuelo de una gaviota, el florecer de una rosa, el amanecer en el mar del Caribe y el atardecer en una estepa de África.

La expansión del conocimiento entraña el aprendizaje, la exposición a través de libros, conferencias, etc. y el intercambio de ideas que es donde la difusión de este conocimiento alcanza su plenitud. La palabra hablada es en suma el vértice de la pirámide del conocimiento donde el contacto personal configura un intercambio vivo y dinámico. Atenas fue el centro del Arte, Ciencia y cultura atrayendo a todos los pensadores dispersos por el mundo. Allí la cultura se transmitía en un bis a bis, en un enfoque bidireccional y personal.

Con Internet las fronteras del espacio y el tiempo son traspasadas y la cantidad de conocimientos generados y transmitidos es mayor, pero no gozan de la calidad y calidez, porque no decirlo, de la palabra y de la tertulia. En la palabra y en suma en la boca, que la conforma, toman cuerpo las expresiones de los pueblos y sus identidades. Con el diálogo y la conversación se desarrollan las famosas tertulias y así son famosas aquellas del café Pombo en Madrid en donde en amable discusión se encontraban Ramón Gómez de la Serna con sus sugerencias, Díaz Cañabate con su finura dialéctica y Alfredo Marquerie que dotado de un gran conocimiento dialoga con Agustín de Foxá.

Con una buena conversación se pueden mitigar gran parte de los problemas que la humanidad presenta. Solo la lectura, el conocimiento y su emisión hablada, es decir, la palabra, nos solucionará muchos problemas. Un cerebro que no puede proyectarse a través de la boca y la palabra será baldío. "Me niegan el pan y la palabra" dice Blas de Otero como la expresión más intimista y personal del hombre.

Si he perdido la vida, el tiempo, todo
lo que tiré, como un anillo, al agua,
si he perdido la voz en la maleza,
me queda la palabra.

Si he sufrido la sed, el hambre, todo
lo que era mío y resultó ser nada,
si he segado las sombras en silencio,
me queda la palabra.
Si abrí los labios para ver el rostro
puro y terrible de mi patria,
si abrí los labios hasta desgarrármelos,
me queda la palabra.

La boca y la palabra también ocupan importante referencias poéticas como aquellos versos de Pablo Neruda "Me gustas cuando callas porque estas como ausente, y me oyes desde lejos, y mi voz no te toca. Parece que los ojos se te hubieran volado y parece que un beso te cerrara la boca" y más tarde añade: "Una palabra entonces, una sonrisa bastan". Pero también es necesario recordar el poema magistral de Miguel Hernandez:

Boca que arrastra mi boca:
boca que me has arrastrado:
boca que vienes de lejos
a iluminarme de rayos.
Alba que das a mis noches
un resplandor rojo y blanco.

Boca poblada de bocas:
pájaro lleno de pájaros.
Canción que vuelve las alas
hacia arriba y hacia abajo.
El labio de arriba el cielo
y la tierra el otro labio.
Beso que rueda en la sombra:
beso que viene rodando
desde el primer cementerio
hasta los últimos astros.
Astro que tiene tu boca
enmudecido y cerrado
hasta que un roce celeste
hace que vibren sus párpados.
Hoy son recuerdos, recuerdos,

El verdadero Maestro debe inculcar en sus alumnos la idea de la crítica constructiva, del movimiento en la Ciencia. Los alumnos deben seguir este ejemplo. Caminar, siempre caminar hacia adelante, sorteando los obstáculos, serpenteando caminos, descansando en las lindes del sendero pero siempre ligero cómo León Felipe cantaba en sus versos:

Ser en la vida romero,
romero sólo que cruza siempre por caminos nuevos.
Ser en la vida romero,
sin más oficio, sin otro nombre y sin pueblo.
Ser en la vida romero, romero..., sólo romero.
Que no hagan callo las cosas ni en el alma ni en el cuerpo,
pasar por todo una vez, una vez sólo y ligero,
ligero, siempre ligero.
Que no se acostumbre el pie a pisar el mismo suelo,
ni el tablado de la farsa, ni la losa de los templos

para que nunca recemos
como el sacristán los rezos,
ni como el cómico viejo
digamos los versos.
La mano ociosa es quien tiene más fino el tacto en los dedos,
decía el príncipe Hamlet, viendo
cómo cavaba una fosa y cantaba al mismo tiempo
un sepulturero.
No sabiendo los oficios los haremos con respeto.
Para enterrar a los muertos
como debemos
cualquiera sirve, cualquiera... menos un sepulturero.
Un día todos sabemos
hacer justicia. Tan bien como el rey hebreo
la hizo Sancho el escudero
y el villano Pedro Crespo.
Que no hagan callo las cosas ni en el alma ni en el cuerpo.
Pasar por todo una vez, una vez sólo y ligero,
ligero, siempre ligero.
Sensibles a todo viento
y bajo todos los cielos,
poetas, nunca cantemos
la vida de un mismo pueblo
ni la flor de un solo huerto.
Que sean todos los pueblos
y todos los huertos nuestros

Y de esta manera el maestro habrá cumplido con el mandato que recibió el día que se incorporó a las aulas. Los días habrán pasado, los meses transcurridos, los años sucedidos pero en el fondo siempre habrá quedado ese poso de intimismo moral, de ejemplo futuro.

Alcánzame la copa de tu pena
que quiero mirar su fondo oscuro.
No la bebas de golpe, te lo pido,
tómala despacio y sin apuro

Y cuándo el Maestro eche la mirada atrás podrá decir sin faltar a la verdad:
La moneda que en mi alma tengo
es el silencio callado
la mirada triste
el espíritu vacío,
un sencillo gracias
y un hasta pronto.

El Maestro hubiera querido otra cosa. Detener el tiempo, parar su curso, hacer que la historia volviera a su principio. Pero ya es tarde… todo pasó y pasó.

Que se detenga el tiempo en tu mirada
que los pétalos de la flor se abran en sonoros colores
que el dulce ocaso
al luminoso día de paso,
y que la nube blanquecina se descomponga
en senderos silenciosos
por donde tu amor se deslice
y se detenga y el viento te acaricie el pelo
y tus ojos claros me miren como fruta sazonada
pendiente de la rama
y que tu ausencia sea
la mies que se cimbrea por el viento
y su rumor, el beso que en mis labios
pusiste aquel día

Al final quedarán indelebles, marcadas a sangre y fuego las palabras del poeta:

Y cuando llegue el día del último viaje,
y esté al partir la nave que nunca ha de tornar
me encontraréis a bordo ligero de equipaje,
casi desnudo, como los hijos de la mar.

He dicho